



«CLARIN» Y «AZORIN»*

(UNA AMISTAD Y UN FERVOR)

§ 1.—Quizá sea cierto que el crítico «Clarín» atendió insuficientemente a los jóvenes españoles que iniciaban su carrera literaria en los años finales del pasado siglo. Más de una vez—desde la carta de Unamuno fechada en Salamanca el 9 de mayo de 1900 (1)—se le ha reprochado semejante desatención. Todo crítico que se estime no debe de ir en seguimiento del gusto público, afirmando sobre nombres consagrados ya, sino adelantarse y señalar las novedades sin duda existentes, procurando para ellas una atmósfera comprensiva.

Con José Martínez Ruíz, el muchacho alicantino que colaboraba en *El País*, estuvo elogioso—«extra-indulgente», dirá Unamuno en la carta citada—el temido y odiado «Clarín». Ninguno de sus colegas de promoción—Noventa y Ocho y Modernis-

* Con este trabajo de nuestro Secretario-adjunto contribuye ARCHIVUM al homenaje nacional rendido a José Martínez Ruíz, «Azorín», con motivo de sus primeros ochenta años. (N. de la R.).

(1) Vid. la pág. 85 y la pág. 93 del *Epistolario a «Clarín»* (Menéndez y Pelayo, Unamuno, Palacio Valdés). Madrid, 1941.

mo—consiguió otro tanto (2). En las páginas de nuestro trabajo se documenta su relación amistosa.

§ 2.—Martínez Ruiz, el futuro «Azorín», llega a Madrid el día 25 de noviembre de 1896. En Valencia, de donde procede, al tiempo que cursaba Leyes hizo periodismo y literatura. Periodismo en *El Mercantil Valenciano*, en *El Pueblo*, tal vez no en *Las Provincias*. En literatura comenzó con un discurso sobre *La crítica literaria en España* (Ateneo de Valencia, 4-II-1893); a esta primera actuación siguieron varios folletos—*Moratin* (1893), *Buscapiés* (1894), *Anarquistas literarios* (1895), *Notas sociales* (1895), *Literatura* (1896)—, publi-

(2) Vid.: «Clarín» y Unamuno, por M. García Blanco. En *Archivum*, Universidad de Oviedo. T. II, 1952, págs. 113-139.

Ramiro de Maeztu arremetió contra Alas en el artículo *Clarín*, «*Madrid Cómico and Co. Limited*», inserto en *Revista Nueva*, Madrid, n.º del 15-X-1899. «Clarín» le contestó con un «palique» publicado en *Vida Literaria*, Madrid, n.º del 21-X-1899.

Epitalamio, de Valle Inclán, fué comentado por «Clarín» en su «palique» del 25-IX-1897 en *Madrid Cómico*. Alas reconoce en Valle imaginación, estilo y personalidad, pero «hoy por hoy... está dejado de la mano de Dios. Todo eso que él cree originalidad y valer es modernismo puro, imitación de afectaciones, artículos de París... de venta en las ferias de Toro o de Ríoseco. ¡Dios mío, quién convencerá a estos muchachos que hablar del boulevard desde Madrid, y hablar casi en francés, y escribir y pensar y sentir (o hacer que se siente) como los chicos de París... del año 85... no es la última moda, ni cosa formal ni digna de verdaderos artistas».

En un «palique» de este mismo año, que vió la luz en el mismo semanario, «Clarín» aconseja a Benavente, prologuista del libro *Mujeres*, poemas de Emilio Fernández Vaamonde, que se aleje del contagio modernista como de mala compañía; si así lo hace, Alas se atreve a profetizar que Benavente «se casará con una dama hermosísima, que es la fama bien ganada».

«Clarín» fué injusto en grado sumo con Rubén. «El tal Rubén Darío no es más que un versificador sin jugo propio, como hay ciento, que tiene el tic de la imaginación, y además escribe, por falta de estudio o sobra de presunción, sin respeto de la gramática ni de la lógica, y nunca dice nada entre dos platos. Eso es Rubén Darío, en castellano viejo», («palique» en *Madrid Cómico*, n.º del 23-XII-1893). Vid., además, las págs. 47 y 48 del libro de Díaz-Plaja, *Modernismo frente a Noventa y Ocho*. Madrid, 1951.

cados con su nombre o con los seudónimos de «Cándido» y «Ahrimán» (3).

A Madrid llega Martínez Ruiz con una tarjeta de Luis Bonafoux—el terrible «Aramis», que acusó de plagiarlo a «Clarín»— para Ricardo Fuente, redactor-jefe de *El País*; la tarjeta, poco más o menos, decía: «Querido Fuente: Le recomiendo fraternalmente al notable escritor y buen amigo mío señor Martínez Ruiz. Relaciónese con el mundo del periodismo madrileño. Creo que simpatizarán ustedes».

§ 3.—Quienes gobiernan *El País*—Fuente, Alejandro Lerroux que lo dirige—sabían ya de Martínez Ruiz a través de sus combativos folletos. Una noche —la del 30 de noviembre— el joven provinciano pasa por la redacción del periódico y ayuda al redactor-jefe en un artículo sobre el proceso anarquista de Barcelona: escribe unas cuartillas que son su *début* en la prensa madrileña. Desde entonces las páginas de *El País* insertan colaboraciones suyas.

§ 4.—Una de esas colaboraciones es el artículo titulado «*Mi crítico*», que salió en la página primera del n.º 3.463 de *El País*, correspondiente al miércoles 23 de diciembre de 1896. Al lado de noticias sobre la situación en Filipinas aparecen los siguientes escuetos renglones de J. Martínez Ruiz, hasta ahora nunca exhumados:

(3) Los primeros trabajos de José Martínez Ruiz han sido reeditados en el tomo I de sus Obras Completas. Madrid, M. Aguilar, 1947.

Vid. en el mismo tomo las págs. XXXIV a XXXIX, epígrafe «Los primeros libros» de la pormenorizada introducción que firma Angel Cruz Rueda.

COSAS DE MADRID

«MI» CRITICO

Para usted

Lo veía en todas partes.

En Lara, en la Comedia, en el Español.

En todos los teatros donde yo iba, mi crítico.

¿Pero quién es este hombre?—decía yo.

Y ese hombre era un hombre enfundado en un largo gabán, sombrero de fieltro y barba luenga.

Yo no sabía que era crítico.

Pero me chocó el tío, y lo observé un día y otro, y acabé por descifrar la cosa.

Era un crítico.

Me lo dijo un amigo, en voz baja, con gran respeto, como si hablara de lo más sagrado del mundo.

—Ese señor... ¡es el gran crítico!

¡El gran crítico!

Y yo le miraba como mira un creyente católico a un pontífice.

—Ese hombre es el eminente crítico teatral, el insigne crítico.

¡Qué talento! ¡Qué fenómeno!

Es decir, yo hablaba de mi crítico, como muchos críticos hablan de libros y autores, como hablan los historiógrafos de los tiempos pasados, sin conocer el *sujeto* de que se habla.

Lo confieso: no había leído nada de mi crítico.

¿Qué por qué le veneraba?

Pues porque me parecía por su aspecto que debía tener mucho genio.

¿Por qué respetamos a un magistrado?

¿Por qué tenemos el prejuicio de que los susodichos pontífices han de tener talento forzosamente...?

Porque observen ustedes que todos los Papas tienen talento. Sí, todos han de ser portentos de sabiduría.

Como todos los generales han de ser bizarros.

Prejuicios.

Y volvamos a mi crítico.

Sentábase siempre en la primera fila, con el cuello del gabán levantado —un cuello enorme—, el sombrero calado (¡siempre puesto!), y las dos manos apoyadas en el puño del bastón.

Esto era lo que le caracterizaba: las dos manos sobre el puño del garrote.

Y permanecía así horas y horas; durante los tres actos; toda la representación.

¡Qué talento! ¡Qué fenómeno!—pensaba yo.

Ni Villemain, ni Taine, ni Saint-Beuve, ni el Nuncio, tienen la penetración de este tío.

¡Qué manera de *penetrarse* de las situaciones dramáticas! ¡qué modo de capacitarse del *contenido* de las obras!

Y entretanto yo ni me preocupaba de saber donde escribía mi hombre, ni de conocer su *gracia*.

Me contentaba con admirarle de lejos, sin atreverme a entrar en investigaciones de ningún género.

Porque para mí *aquél* era un genio.

El era un dios, yo un humilde creyente, que no se atrevía a llegar al tabernáculo.

Sin embargo, una noche llegué.

Si, muy despacio, con mucho respetuoso temor fuí acercándome a la butaca donde estaba sentado, y alargando la mano, como quien comete un sacrilegio, le toqué con el dedo índice el ala de su sombrero de fieltro.

¡Qué emoción la mía!

No sé si me santigué, no sé lo que hice; pero ¡qué emoción!

* * *

Se estrenaba el drama de un ilustre dramaturgo.

El teatro de la Comedia estaba lleno, lleno de público selecto, escogido.

Y mi crítico en su sitio, enfundado en su gabán, con las manos en el bastón.

Se discutía la obra. Durante los actos, yo no apartaba la vista del grande hombre y aunque el drama excitaba al público y aunque la sala era un hervidero de pasiones, él apenas abandonaba su reserva.

Si le gustaba una escena, una frase, movía ligeramente el bastón de un lado a otro, y exclamaba yo:

—¡El crítico aplaude! ¡Oh!

Si sentía desagrado, cerraba por unos momentos los ojos, y yo:

—¡El crítico reprueba! ¡Ah!

Y tuve curiosidad aquella noche de conocer el nombre del genio, quise

leer su crítica—¡la crítica del gran hombre!—y le seguí a la salida del periódico.

—Nada más fácil para saber dónde, en qué periódico escribía.

Se metió en un café.

Pidió un chocolate, sacó cuartillas, tosió.

Yo me fuí acercando por detrás, obsesionado por aquellas blancas cuartillas.

Principió a escribir.

Y yo leí:

«El teatro presentaba el aspecto de las grandes solemnidades...»

¡Me desmayé sobre un diván!

§ 5.—Este artículo lo leerá en Oviedo Leopoldo Alas: llamará favorablemente su atención y le moverá a decir por escrito que confía en el desconocido autor del mismo. Veamos.

Charivari es a manera de diario que Martínez Ruiz llevó desde el día de su entrada en la corte hasta el 2 de abril de 1897 (4). Con fecha 11 de enero consigna:

«Un amigo me dice:

—¿Ha leído usted *La Saeta*, de Barcelona? «Clarín» habla de usted en su «palique».

Salgo a comprar *La Saeta*.

Efectivamente, Leopoldo Alas habla de mis artículos de *El País*, no en son de censura, de elogio. Agradezco profundamente al maestro sus palabras y le escribo, manifestándoselo así. Ha sido esta una de las emociones más gratas de mi corta vida de periodista».

§ 6.—*La Saeta* era un semanario ilustrado barcelonés que al comenzar 1897—su octavo año de existencia—introdujo en sus entregas varias importantes reformas. En el número correspondiente al 3-XII-1897 anuncia a sus lectores alguna de estas nove-

(4) Vió la luz—un folleto de 55 págs.—, con el subtítulo de «Crítica discordante», en abril de 1897. (Puede leerse en el cit. t. I de O. C., págs. 241-287).

dades, por ejemplo: la colaboración asidua de «Clarín». El n.º 320 de *La Saeta*—1-I-1897—ofrece ya un «palique» de Alas.

Consta este «palique» de varios párrafos o apartes referentes a distintas cuestiones. En el primero de los mismos «Clarín» se revuelve contra *Gedeón*, que recientemente le ha atacado; en los dos párrafos que siguen la víctima es Fernández Bremón, el conocido revistero de *La Ilustración Española y Americana*; los párrafos finales son de ataque para un recién aparecido crítico teatral que se oculta bajo el seudónimo de «Gil Blas de Santillana».

Entre la censura a Bremón y la censura al crítico de teatro hay un párrafo o aparte—el que nos interesa—cuyo texto es como sigue:

«No sé quién es un señor Martínez Ruiz que escribe artículos de costumbres en *El País*, pero quien quiera que sea tengo el gusto de decirle que, en mi humilde opinión, si publica muchos trabajos como el titulado *Mi crítico*, acabará por merecer que se vea en él una de las pocas esperanzas de la literatura satírica. El final de su semblanza es un rasgo de verdadero ingenio; y lo que se lee entre líneas en todo el artículo demuestra que Martínez Ruiz tiene más enjundia literaria que muchos *afamados* escritores festivos que hacen alarde de no tener pizca de substancia».

§ 7.—Martínez Ruiz, grata, profundamente emocionado por las palabras encomiásticas de autoridad tan prestigiosa, escribe a Leopoldo Alas unas líneas de gratitud. Este contesta: «... Nada tiene usted que agradecerme. He escrito lo que sentía»; y aconseja:

«Mucho celebraré que usted continúe por el camino de las buenas letras, a que creo está usted llamado. Y Dios le preserve de buscar originalidad, que para ser verdadera ha de ser espontánea; y más de buscarla en la falta de respeto y en la afectación de ir contra la corriente, *porque sí*, en gustos, ideas, sentimientos y actos. Como observa Tarde, en un reciente estudio filosófico, es un modo moderno de ser vulgar el empeño de ser de la minoría, de ser excepción, de ser oposición» (5).

(5) En *Charivari*: día 15-I-1897. Pág. 256 del t. cit.

§ 8. —... *Una de las pocas esperanzas de la literatura satírica*: esto es lo que adivina «Clarín» en el Martínez Ruiz de hacia 1896. Hasta *La Voluntad*, 1902, el muchacho alicantino proseguirá en esa dirección. Pero entrado este siglo y nacido «Azorín», el satírico desaparece casi en absoluto; la esperanza que Alas vislumbrara se esfuma y una hermosa realidad de bien distinto signo ocupa su puesto.

Algunas de las devociones literarias de Martínez Ruiz parece se reflejan en forma de influjo orientador en estos sus trabajos iniciales. El alemán Wernert Mulertt (6) ha escrito: «Se puede señalar la influencia de «Clarín», algo de su *Apolo en Pafos* (1883), en *Legislación literaria* [artículo de *Buscapiés*, 1894: págs. 89-94 del citado tomo I de *Obras Completas*], cuando los dioses del Olimpo se ocupan de las cosas de la España contemporánea». Y Fernández Almagro piensa, no sin motivo para la aproximación, que «Bonafoux ejerció una cierta influencia en el Martínez Ruiz que escribió *Charivari*» (7). Tal vez a este par de nombres pudiera añadirse el de Emilio Bobadilla, «Fray Candil», repetido con elogio grande a lo largo de las juveniles páginas y ya en 1894 (8) estimado como «nuestro primer satírico».

§ 9. — Cuando en abril de 1897 lanza Martínez Ruiz su explosivo folleto *Charivari* envía uno de los ejemplares a la residencia ovetense de Leopoldo Alas, en espera de la veraz opinión del crítico ilustre que hace meses le alentara en la dura empresa de las letras. «Clarín» no demora su lectura ni tampoco su comentario, al que dedica todo el «palique» del 8 de mayo en *Madrid Cómico* —núm. 742. Pág. 158 del tomo XVII—, que dice así (9):

(6) Pág. 45 de su libro «Azorín». *Contribución al estudio de la literatura española a fines del siglo XIX*. 1.^a edición española. Madrid, «Biblioteca Nueva», 1930.

(7) Pág. 132 de *Vida y Obra de Angel Ganivet*, nueva edición. Madrid, «Revista de Occidente», 1953.

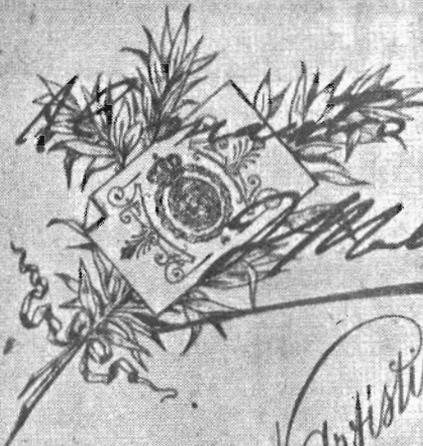
(8) En *Buscapiés*. Pág. 74 del cit. t. I de O. C.

(9) Ha sido exhumado por Ramón Gómez de la Serna en su libro «Azorín», cuya primera edición—de lujo—salió en 1930 y cuya 2.^a edición—popular—se



Sociedad art. y fotogr. de

Alcalá 4.



Clarin
M. T. P. S.
Sociedad Artística

Alcalá 4
 (Hay Ascensor)

MADRID

ESPECIALIDAD EN RETRATOS Á LA ACUARELA
 Primera y única casa en España
 Se conservan los clichés.



G. F. Scheel, Hamburg

PALIQUE

«De Martínez Ruiz habría mucho que hablar, y hablaré en otra ocasión. Por hoy vaya esto, en resumen: Martínez Ruiz es un anarquista literario; sus doctrinas son terribles; pero él es un mozo listo, listo de veras. Entre las pocas cosas que respeta está el castellano: escribe con corrección y facilidad, y eso de *Charivari* es un capricho que no crea el lector que anuncia una colección de galicismos. Lo que siento en el alma es que, siendo Martínez Ruiz amante del idioma y de los clásicos, como él ha declarado, diga los horrores que dice de Pereda y de Balart. Niega que yo admire sinceramente a Balart. Pues está usted muy equivocado: le admiro de todo corazón, y más cada vez, y lo juro.—También está mal este joven despierto y muy ilustrado con la familia, según es, y con el cristianismo, etc., etc.—Pero no me asustan estas ideas. He visto el retrato de Martínez Ruiz: es casi un niño (10). Además él mismo confiesa que padece de los nervios... Pasará el sarampión, que acaso es *salud*, y quedará un escritor original, independiente y mucho más avisado que esos *Nominavitos* que andan por ahí parodiando a Menéndez y Pelayo.—Sin embargo, yo no me he atrevido a escribir un prólogo para su libro *Pasión*, próximo a publicarse (11). González Serrano lo va a escribir. Veremos cómo sale mi querido maestro del compromiso de presentar al público a un hombre que estampa las enormidades morales, sociológicas, religiosas, etc., que se le ocurren a Martínez Ruiz.—Hoy por hoy este *refractario* es un *autor vitando*, dicho sea con toda formalidad.—¡Pero se ve tan claramente que es un corazón de oro y una inteligencia clara, noble! Le falta el equilibrio... y huir de las *malas compañías*. ¡Esos bohemios recalentados son nauseabundos!, créame usted, simpático joven. No se junte usted con la *gente nueva*; busque, busque a la *nevísima*».

hizo por Editorial Losada: n.º 95 de su «Biblioteca Contemporánea», Buenos Aires, 1942. El carácter minoritario de la 1.ª y la lejanía geográfica, agravada por los obstáculos bélicos, respecto de la 2.ª, así como el deseo de que el lector de nuestro trabajo encuentra reunidos en él cuantos testimonios necesita sobre el asunto tratado, nos ha movido a ofrecer íntegramente el texto de este extenso «palique».

(10) Se refiere «Clarín» al retrato con dedicatoria que ilustra nuestro trabajo gracias a la amabilidad de su actual poseedora, doña M.ª Cristina Alas de Tollívar, nieta del autor de *La Regenta*.

(11) Desde luego con este título no llegó a ver la luz. ¿Será *Bohemia*, aparecido también en 1897?

Todo eso que va entre comillas (y perdone el Marqués piadoso tan irreverente pacotilla) lo he copiado de alguna parte. Pero no es plagio... porque es mío. Era el final de cierto artículo que salió sin ese final en otra parte. No era oportuno publicar eso, donde iba a publicarse, el día mismo en que la autoridad, según leí en *Urrecha*, recogía *Charivari*; y cuando por causa de las atrocidades que el autor se atreve a estampar, se suscitaban disgustos de carácter privado (12).

No podía publicarse lo entrecomillado... sin añadir algo, y como no era tiempo de añadir nada, mejor fué recoger velas interinamente, y dar a luz ahora todo lo dicho... añadiendo esto que falta:

Soy el primero en censurar todo eso que en el libro de Martínez Ruiz ha sido objeto de universal escándalo. Aparte de ciertas verdades *inauditas*, que he leído con espanto, pero que no me han llegado al corazón, porque se trata de personas a quienes no trato. Hay en *Charivari* errores y apreciaciones injuriosas referentes a hombres para mí sagrados, porque son algo más que maestros, como *padres espirituales* de los más hondos sentimientos artísticos de mi alma. Ojalá ellos no sepan de tan desventurados pasajes; pero no menor que su indignación sería, si de ellos supieren, fué la mía al leer tales absurdos.

Mas yo invoco la caridad *real*, de que sé a ciencia cierta, de los ofendidos, y me atrevo a preguntarles:

¿Se puede, en todo caso, gritar *hombre al agua*? Cuando uno muere en un barco... *al agua*. Pero, ¿y si el muerto... no está muerto?

Suponiendo lo peor, que lo *hecho* por Martínez Ruiz sea un *crimen*... literario; por lo menos ¿se le ha de tratar como a un perro, hemos de *lincharlo*?, ¿no se le ha de conceder lo que se concede a los procesados por *delitos comunes*, siquiera?

Es muy fácil gritar: hombre al agua; está perdido.

No; Martínez Ruiz no está perdido, porque su libro mismo revela, *quam mème*, un hombre de talento, y todos los escritos del, para mi, extraviado escritor, hablan, aun entre impiedades y absurdos sociológicos, de un corazón sano en él.

Es un caso de patología... literaria.

Se le ha sorprendido con una bomba cargada de tinta explosiva... pero no es un malvado.

(12) Vid. lo que cuenta sobre el particular Luis Ruiz Contreras en sus *Memorias de un desmemoriado*, págs. 128-137. Núm. 142 de la col. «Crisol». Madrid, Aguilar, 1946.

Es un escritor de talento y un hombre honrado... que no sabe el mal que ha hecho.

Le ha defendido, entre censuras indispensables, un discreto colaborador de *La Voz Cantabra*, y ha hecho bien.

Lo defiendo yo, en el sentido que se va viendo... y cumplo con lo que me manda la conciencia.

Extraviado, sí; *desahuciado*, no.

Andan por ahí hienas correctas y mansuefactas, ortodoxas y de guante blanco, que causan mucho más daño y que son enfermos de malicia incurables.

Martínez Ruiz ha cometido *la locura* (otro más orgulloso en el fondo no me perdonaría esta palabra; él, que estoy seguro que penetra mi buena intención, espero que sí), la locura de poner en letras de molde el *virus* miserable que otros muy prudentes van llevando de corrillo en corrillo, de café en café.

Lo que no puede imprimirse, piensan muchos que es lo que ha impreso Martínez Ruiz; sin reparar que es además *lo que no debe decirse ni pensarse*.

Ha sido un *enfant terrible*.

Si reincidiera, ¿quién se atrevería ya a defenderle?

Pero si no reincide, como tiene talento y en la parte del alma no *literaria, salud espiritual*, según creo, se puede esperar que sus trabajos futuros, sin ningún escándalo, sin horrores religiosos ni morales, contengan el cumplimiento de lo que hasta hoy ha prometido el anarquista casi infantil, en punto a buenas cualidades.

Por eso yo alabé en *La Saeta*, de Barcelona, un artículo en que M. Ruiz pintaba de mano maestra al *chico de la prensa*, crítico de teatros.

No podía yo sospechar que quien escribía aquello (lo primero suyo, que yo leía) iba después a blasfemar y a... ¡demonio de muchacho!

Resumen: si a condenar fuéramos, por lo vitando de todas estas cosas de *Charivari*, yo sería el burgués más indignado, el inquisidor más *flamígero*.

Pero no quememos el libro, aunque lo merezca; porque dentro hay una honra literaria que no merece el fuego: y que tal vez un día, si hoy se le hace justicia verdadera, esto es, caritativa, nos dé un escritor talentado, templado, noble, que será el primero en condenar estas... atrocidades de ahora. Si la crítica estuviera en *estado de sitio*, no escapaba Martínez Ruiz sin los *cuatro tiritos*.

Pero como no lo está, no hay que ser *sumarísimos*.

Ya sé yo que este criterio mío disgustará a muchos cristianos que imi-

tan al Divino Pastor en lo de ir con el cayado tras la oveja descarriada. Sólo que el Pastor Divino volvía con la oveja entre brazos, y estos *rabada-nes* le tiran el cayado a la cabeza, o por lo menos la dejan perniquebrada.

§ 10. —Con todas estas cosas una buena amistad se anuda entre ambos escritores. De cuando en cuando se cruzan cartas en las que el joven que principia habla a su compañero de sus actividades y estudios; «Clarín» le responde cordial, y paternalmente le aconseja.

De las cartas de Alas a Martínez Ruiz—que sin duda obran en poder de éste—conocemos sólo fragmentos que el destinatario ha ido dando en distintas ocasiones (12 bis). A continuación ofrecemos el texto—inédito hasta hoy—de tres cartas de Martínez Ruiz a Leopoldo Alas (13).

(12 bis) Ya en prensa este trabajo llega a nuestras manos el n.º 68 de *Revista* —Barcelona, semana del 30 de julio al 5 de agosto del corriente año—, número homenaje a «Azorín». En su página segunda se ofrece reproducción fotográfica de una carta de Leopoldo Alas a Martínez Ruiz, carta de muy enrevesada caligrafía cuyo texto parece ser el siguiente:

Oviedo, 16 de abril 1900.

Mi querido amigo: Le escribo a Vd. poco porque no me siento bien. Creo muy difícil entrar en *El Imparcial*, aunque sea con la mayor modestia. Varias pruebas tengo de ello por anteriores recomendaciones. Sin fe por mi parte, pero para complacer a Vd., le doy una carta para Ortega. A Cavia dígame de mi parte —y puede enseñarle ésta—que le ruego de todo corazón que me ayude a conseguir el deseo de Vd.

Suyo siempre,
Leopoldo Alas.

Años después—en 1905—, Martínez Ruiz, ya «Azorín», realizará su viaje a la Mancha por encargo de D. José Ortega Munilla, director propietario de *El Imparcial*. Fruto de ese viaje, los artículos más tardé recogidos en el volumen *La ruta de Don Quijote*.

(13) Debemos su conocimiento a nuestro buen amigo Marino Gómez-Santos, autor del libro *Leopoldo Alas, «Clarín»*. *Ensayo Bio-bibliográfico*, quien tomó nota de las mismas en el interesante archivo clariniano de la Sra. viuda de D. Adolfo Alas, hijo del escritor. Nuestra más sentida gratitud.

Primera carta: Madrid, 26-X-1897

Querido Maestro: Su «palique» contra *El País* ha gustado mucho; pero todo el mundo se pregunta cómo ha tomado usted en serio a Dicenta. Ese reto es absurdo. Yo que conozco la biblioteca (!) de Dicenta, puedo asegurarle que no tiene ni un solo libro de socialismo, ni sombra siquiera de revistas de derecho y sociología. Ya lo ve usted diariamente: imprecaciones, lamentos, lirismo tránsnochado... De socialismo, de doctrina socialista fría, sazónada, ni una palabra. Dicenta está desprestigiado por completo: es hombre al agua... o al vino. Al estrenar *Juan José* ví en él una esperanza de cosas grandes, a pesar de aquel final desastroso y de un poco —otros decían mucho— de sentimentalismo de melodrama; después vine a Madrid, conocí al autor, sé lo que hace, lo que trabaja, lo que estudia (!) y tengo absoluto convencimiento de que no hará nada.

Este verano he estudiado de firme. No tardaré en mandarle un libro.

Espero que le guste por su *manera* especial. Quiero demostrar a los ex-amigos de que no sólo de francés vive el hombre.

B. S. M.

J. Martínez Ruiz

Segunda carta: Madrid. 19>IV-1898

(Hay un membrete que dice: «Oficinas MADRID COMICO». Palma Alta, 55).

Querido Maestro: Como recuerdo cariñoso le escribo a usted *cuatro líneas*. Si oye usted decir por ahí, o lee que me he hecho jesuíta, no lo crea usted, pero afirme que no les falta razón del todo a los que así hablan. Desde hace meses voy evolucionando en un sentido que no sé cómo explicar. Sus conferencias del Ateneo (aunque usted no lo crea) me han hecho pensar mucho y han influído grandemente en el cambio. Recientemente la lectura de *Un discurso* (14) me ha dado que reflexionar... En fin, veremos dónde voy; y crea usted que vaya donde vaya no he de variar en mi afecto hacia usted.

No estoy ya en *El Progreso*.

La cuestión administrativa es ajena a mi salida.

Suyo,

J. Martínez Ruiz

(14) Es el octavo y último de los «Folletos literarios» de Alas: Madrid, 1891. (Reimpresión de *El utilitarismo en la enseñanza*, discurso leído en la Universidad de Oviedo, apertura del curso 1891-1892).

Tercera carta: Madrid, 12-V-1898

Querido maestro: No extrañe usted que no escriba más en *Madrid Cómicó*. Es que he prometido a quien sobre mí tiene autoridad no escribir ni una línea hasta que termine la carrera. Y lo cumpliré.

Estoy muy atareado con los estudios académicos. Quiero examinarme ahora por lo menos de una asignatura: Derecho Internacional. He estudiado el texto, y como lo sé bien, me presento.

Está en el tribunal Piernas, y el profesor es Retortillo, para quien voy a pedirle a Blasco una recomendación (pues he visto que le dedica una de las poesías de *Corazonadas*).

Veremos si puedo conseguir lo que tanto deseo.

Le quiere muy de veras,

J. Martínez Ruiz

S./C. Valverde 11, 2.º izquierda.

§ 11.—Entre la primera y la segunda de esas cartas ha ocurrido un suceso importante en la relación amistosa Leopoldo Alas-Martínez Ruiz. Maestro y admirador se conocen personalmente en la redacción de *El Progreso*, donde el segundo trabajaba por entonces. Fué en noviembre de 1887. (Leopoldo Alas había venido a Madrid—su última visita a la capital—para dar unas conferencias en el Ateneo). Martínez Ruiz escribe (15):

«Estaba yo en *El Progreso*, escribiendo mi crónica, cuando entró el director, seguido de dos señores: uno, con sombrero de copa; otro, con hongo.

LERROUX.—Todo esto es provisional... Está aún todo por medio... ¡Cuidado!... Por aquí...

Y se metieron en una habitación contigua.

Y yo dije para mí: «¡Buena se la va usted a cargar, director!»

Porque aquellos señores me olieron a lata, una de esas horribles latas que diariamente se padecen en las redacciones. El caballero del *tubo* me llamó la atención: más bajo que alto, cara hosca, mirar vivo, barba rubia,

(15) En *Soledades*, 1898. Pág. 352 del cit. t. I de O. C. El folleto llevaba esta dedicatoria: «Para el Maestro Leopoldo Alas. Recuerdo de un discípulo que sigue y agradece sus consejos. J. M. R.»

pelo cortado al rape... Llevaba un gabán verde oscuro, y su camisa era de cuello bajo, con corbata negra.

El director me llamó:

—¡Martínez Ruiz!

Y luego, cuando estuve frente al señor de la faz huraña:

—¡Leopoldo Alas!

Nunca he experimentado sorpresa mayor que esta sorpresa.»

Bastantes años después—en 1941, en su libro *Madrid*—«Azorín» recordará que escuchó las conferencias de Alas sobre el hedonismo o utilitarismo en la moral; que conversó con el «largo y tendido»; que pasearon juntos por Madrid; que acudieron una noche al teatro de Lara, donde se estrenaba una pieza de Benavente, *La farándula*.

§ 12.—Hasta el jueves 13 de junio de 1901, día en que muere en Oviedo Leopoldo Alas, hemos de suponer prosiguió y adelantó su amistad con Martínez Ruiz. La irremediable separación excitó más, si cabe, el fervor del joven literato, que en el verano de 1905 visitó la ciudad en que su amigo se entrañara, su casa de la Fuente del Prado; husmeó sus libros y papeles; vivió emocionadas horas inolvidables en compañía de personas dilectas. (En el APENDICE adjunto al presente trabajo queda constancia inequívoca de la devoción clariniana de «Azorín»).

§ FINAL.—El muchacho alicantino que en 1897 fuera abiertamente elogiado por «Clarín» pagó con larga generosidad su deuda de gratitud. Puede afirmarse sin engaño que Leopoldo Alas fué para el novel José Martínez Ruiz uno de sus *padres espirituales*, según denominación grata al novelista de *La Regenta*. Los reparos por éste formulados eran recibidos con docilidad y atendidos sus consejos. Para Wernert Mulertt, Alas dejó su huella en rasgos externos, periféricos de la literatura de Martínez Ruiz (16); también

(16) Dionisio Gamallo Fierros, excelente conocedor de la obra de Alas, ha escrito recientemente—(*Un «Clarín» del XIX*, artículo en *Imperio*, Zamora, número

la dejó en su iconoclasta espíritu juvenil: Vid. párrafo 10, Segunda carta, 19-IV-1898.

Martínez Ruiz, convertido ya en «Azorín», fué durante no poco tiempo casi la única voz alzada eficazmente en defensa del olvidado, del menospreciado escritor decimonónico. Hoy—cuando la hora de la justicia parece haber sonado para Leopoldo Alas, «Clarín»—importa recordarlo.

JOSE M.^a MARTINEZ CACHERO

del 18-II-1945)—: «La prosa de «Clarín» es, en muchos aspectos, adelantada y futurista, en el sentido de anunciar calidades del siglo XX. Y en este punto sería sorprendente y aleccionador notar lo mucho que debe el estilo intermitente y nervioso de «Azorín» a la índole expresiva con que vuelan los idealismos abstractos y éticos, la descripción de pormenores, los «Paliques» y los cuentos de Leopoldo Alas... Su Gramática [la de Alas] estaba hendida por el taladro de un sutil desasosiego: lo metafísico, y hecha pincelada, grafismos, psicología, manera ésta lo menos amanerada posible, y que transmigró luego a la pluma de José Martínez Ruiz».

APENDICE

A.) *Obras Completas* de «Azorín». Colección «Joya» del editor M. Aguilar.

Tomo I. 1940:

(En *La crítica literaria en España*, 1893. Págs. 22-23 y 24: brevejuicio sobre la crítica de «Clarín».

En *Buscapiés. Sátiras y críticas*, 1894. Págs. 65-67: palabras acerca de la benemérita labor realizada por «Clarín» con sus artículos de crítica literaria militante. // Págs. 141-145: *El misticismo de Ureña. (Boceto de un estudio)*.

En *Literatura*, 1896. Págs. 229-233: *Revista literaria. (Leopoldo Alas, «Clarín»)*. Se ocupa de *Teresa*, el ensayo dramático de Alas estrenado en el Teatro Español de Madrid la temporada anterior.

En *Charivari. Crítica discordante*. Vid. párrafos 5 y 7 del presente trabajo.

En *Soledades*, 1898. Vid. párrafo 11 del presente trabajo).

Tomo II. 1947:

(En *España. Hombres y paisajes*, 1909. Págs. 478-480: *Nicolás Serrano (1892)*. Recreación de este personaje de «Clarín», protagonista de su novela corta *Superchería*.

En *Clásicos y Modernos*, 1913. Págs. 782-789: *Leopoldo Alas*. «Ningún escritor español contemporáneo necesita más que «Clarín»—ni siquiera tanto—ser presentado lógicamente y coherentemente. Se impone en L. A. ese rigor lógico, *evolutivo*, tanto por su técnica como por sus ideas; tanto por la evolución de la forma, de los medios de expresión, como por la evolución de su manera de sentir y de ver las cosas». Este par de artículos se dedican «a esbozar algunas indicaciones sobre la tal materia»).

Tomo III. 1948:

(En *El paisaje de España visto por los españoles*, 1917. Págs. 1.152-1.158: Cap. IV, *Asturias*. «Azorín» exhuma personales recuerdos suyos de «Clarín»; utiliza fragmentos de *Doña Berta*, la novela corta de Alas, para caracterizar el paisaje asturiano).

Tomo V. 1948.

(En *Andando y pensando. (Notas de un transeunte)*, 1929. Págs. 191-194: «Clarín» y la inteligencia—(«No, Clarín no es simplemente un escritor satírico; la sátira en el maestro es lo adjetivo. Ante nuestra vista tenemos a un profesor de Derecho que diariamente—y por modo admirable—alecciona y adoctrina gravemente, con dulzura y profundidad, a un puñado de jóvenes. Y a más de un profesor, Alas es un apasionado de la filosofía, de las ciencias sociales, de la pura poesía lírica. Y su pasión por los graves estudios sociales—y su amor reflexivo a España—le llevan a milita en un partido que, sin abominar del pasado, se halla abierto a todas las posibilidades»); y págs. 195-199: *De la vida de «Clarín»* (relato del incidente con fray Ramón Martínez Vigil, obispo de Oviedo, a raíz de la publicación del primer tomo de *La Regenta*, 1884. «El tiempo ha transcurrido; juzgamos ahora el incidente en una esfera más amplia y despreocupada y tolerante. Y vemos que las palabras del prelado no tienen la importancia que «Clarín» les atribuye, y que los retratos y rasguños de Alas en *La Regenta*, base de la indignación del obispo, tampoco merecen la exaltación ni la cólera».

Tomo VI. 1948:

(En *Madrid*, 1941. Págs. 222-224: cap. XVI, «Clarín». Varios recuerdos clarinianos de «Azorín» // Págs. 259-260: cap. XXXI, *Los maestros*. «Azorín» recuerda el acierto con que Alas se ocupó, en los años finales del pasado siglo, de las primeras creaciones de algunos autores de la llamada generación del 98).

Tomo VII. 1948.

(En *Tiempos y cosas*, 1944. Págs. 187-191: *Un recuerdo*, «Clarín». Sobre *Doña Berta*..

En *Veraneo sentimental*, 1944. Págs. 362-365: cap. VIII, *Oviedo*. Escribe

«Azorín»—este artículo data de su estancia en Oviedo en 1905—: «En Oviedo hay una preocupación por las cosas espirituales que es raro encontrar en otras ciudades españolas. Parece que durante largos años, en torno al maestro «Clarín», se ha ido formando un círculo invisible, bienhechor, que ha abarcado poco a poco gentes y más gentes, y ha acabado por cubrir con sus radiaciones la ciudad toda».

En *La Farándula*, 1945. Págs. 1163-1168: *La «Teresa» de «Clarín»*).

Tomo VIII. 1948.

(En *Los clásicos redivivos, los clásicos futuros*, 1945. Págs. 98-105: Dos artículos—consecuencia de su estancia en Oviedo, 1905—bajo el título común de *Oviedo*. En la biblioteca de «Clarín». «Azorín» da con un cuaderno de «Notas» en el que Leopoldo Alas fué apuntando a lo largo de los años «cosas diversas, prosaicas e indiferentes»; «Azorín» recorre sus páginas con viva emoción; después traza estas líneas).

* * *

B.) Aparte quedan: las *Páginas Escogidas* de «Clarín» que «Azorín» seleccionó, prologó y comentó diestramente para la casa Calleja, 1917: valiosa antología, que llamó la atención sobre la obra de un interesante escritor víctima de injusto olvido. // El prólogo que con el título *Leopoldo Alas* puso a la edición de su novela corta *Superchería*: Madrid, colección «Fémína», 1918.

* * *

C.) Como muestras bastante más recientes del nunca extinto fervor clariniano de «Azorín» tenemos los siguientes cuatro artículos insertos en ABC, Madrid, y hasta ahora no recogidos en volumen: 1.º *Corresponsales en París*. N.º del 25-II-1946. (Se habla de Luis Bonafoux y Quintero y de su cuestión con «Clarín» sobre los pretendidos plagios de éste. «La imputación de B.—afirma «Azorín»—era injustificada. No había plagio, es decir, copia servil: había influencia, impregnación, contaminación. Y esto

no debe ofender a ningún escritor». // 2.º «Clarín». N.º del 11-X-1947. (Con motivo de la aparición de un tomo de *Obras Selectas*: Madrid, «Biblioteca Nueva», 1947, «Azorín» se pregunta: «¿Qué debe [Clarín] al tiempo, a los aires de Europa en aquel entonces, y qué a una íntima, profunda meditación? ¿De qué modo fué *Clarín* en Oviedo y cómo pudo ser en Madrid? Habría que determinar el influjo del ambiente y el influjo de las lecturas. Oviedo tenía sus ventajas y sus desventajas. Aquilatémoslo todo con delicadeza. La figura de *Clarín* crece con el tiempo: *Clarín* se asocia a la tradición y no desdeña lo extranjero; conoce bien la tradición y conoce bien lo extranjero»). // 3.º «Teresa». N.º del 17-I-1948. («*T*», fué un fracaso. Técnicamente, podríamos encontrar que el diálogo es excesivamente entrecortado: el autor quiere imitar con exceso el lenguaje hablado... No hay en nuestro teatro, en todo nuestro teatro, en el profano, ejemplar más acabado de la mujer cristiana que Teresa»). // 4.º *Una novela*. N.º del 1-II-1950. (Según Baquero Goyanes este artículo constituye «la visión más inteligente y comprensiva» de *Su único hijo*).